

Cuadernos del Sur

Número 11 ■ Setiembre de 1990



UNION SOVIETICA: LA ECLOSION NACIONALISTA*

Guillermo Almeyra

Lenín reprochaba a Kerensky de hablar de Irlanda y de Argelia e ignorar “la Argelia rusa y la Irlanda rusa”, o sea el Turkestán, la Armenia, la Ucrania, la Finlandia, etc.

Respecto de la cuestión de la cultura y del idioma, los cuales desempeñan un papel importante en la eclosión nacionalista báltica, Lenín escribía también que “en territorio ucraniano, los miembros del PCR tendrán que poner en práctica el derecho de las masas trabajadoras a hablar su idioma materno en la escuela, así como en todas las instituciones soviéticas, y a contrarrestar por todos los medios las tentativas de rusificación, que consisten en rechazar el idioma ucraniano, lo cual hará el instrumento de la educación comunista de las masas trabajadoras”.

Hasta nuestros días, la rusificación estaliniana no tiene nada que ver con Lenin y con los bolcheviques, quienes preconizaban la unión internacional de las repúblicas soviéticas, independientes y soberanas.

Por el contrario, Lenin era partidario de respetar el gobierno menchevique de Jordania en Georgia, el cual se declaraba soviético, y sostenía a los bolcheviques georgianos quiénes se oponían a la política chauvinista y granrusa de Stalin. Esta política anuló de hecho la independencia de las repúblicas caucásicas, cuando el 16 de marzo de 1921 el gobierno soviético central firmó con Turquía un tratado que fijaba las fronteras entre la URSS y Turquía, así como aquellas entre las diferentes repúblicas del Cáucaso, sin consul-

* Publicado en *Sous le Drapeau du Socialisme* Nº 114-115 Mayo/Junio 1990 - Francia

tarlas y atribuyendo a Azerbaiján, bajo la exigencia turca, la región armenia del Alto Karabakh.

Moshe Lewin recuerda en “El último combate de Lenin”¹, la lucha de éste contra la opresión gran-rusa y contra Stalin. El escribe “...en esas condiciones, es absolutamente natural que ‘la libertad de salir de la Unión’ que nos sirve de justificativo, aparezca como una fórmula burocrática incapaz de defender los alógenos de Rusia contra la invasión del Ruso auténtico, del gran-ruso, del chauvinista, de este pillo y opresor que es en el fondo el burócrata ruso típico”.

Lenin apoyó a los militantes del partido y pidió a Kamenev y a Trotsky que se aliaran con él en esa lucha contra Stalin y Ordjonkidzé. Kamenev y Trotsky, estando de acuerdo con Lenin y los bolcheviques georgianos, subestimó la importancia del combate y dejó así las manos libres a Stalin.

Al mismo tiempo, la lucha contra los blancos y los “panislamistas” en Asia destruyó las élites y también las culturas locales, ligadas históricamente al islamismo, con el resultado de reforzar la religión, hasta el punto como se la ve en la actualidad. Así hoy en Azerbaiján no podemos condenar la influencia de Khomeini sin conocer y ver los efectos de la política burocrática y opresiva de Stalin.

Por otra parte la colectivización forzada nunca será olvidada por los pueblos campesinos porque ella identifica a un genocidio, el Kazahstan ha perdido en esa masacre la mitad de su población autóctona, en tanto que otras minorías nacionales como los ucranianos fueron dejados exánimes.

Es la Segunda Guerra Mundial, cuando Stalin utilizó el sentimiento nacional ruso, e incluso la iglesia ortodoxa, reprimiendo a todas las demás iglesias y religiones,—de los viejos creyentes, los protestantes, de los católicos a los uniados (católicos de rito oriental), y a los musulmanes— siendo estas religiones muy relacionadas con la cultura campesina de repúblicas enteras (bálticas, siberianas, caucasianas, asiáticas), Stalin opuso la mayoría de la población a los sectores no religiosos, modernos y soviéticos de las ciudades.

La guerra lo llevó también a la locura de la responsabilidad colectiva de los pueblos, en caso de colaboración real o sospechada con los alemanes. Los alemanes del Volga, los Tártaros de Crimea, los Kalmouques, los Ossetes, los Ingusces, los Balkarses, los Tchechenes y otros pueblos, fueron deportados a Siberia, masacrados y diezmados. El tratado Hitler-Stalin incorporó por la fuerza a los países bálticos y a una parte de la Polonia, en donde las élites también fueron deportadas o asesinadas por centenares de miles de personas. Los hijos y parientes de las víctimas nunca olvidarán esto. Y el antisemitismo de

Stalin (ver el complot de las “blusas blancas”) todavía provoca pánico en el pueblo judío, porque el nacionalismo gran-ruso evoca los viejos y los recientes pogroms, para beneficio político e ideológico de Israel.

El mismo desarrollo económico planteó problemas nacionales, porque el centralismo tímido, la centralización de la nomenclatura y el despilfarro de los recursos, así como la fuerte contaminación, producto del desprecio por la gente y del medio ambiente, son hoy interpretados como violaciones de los derechos de las naciones, y no solamente como violaciones abstractas de la democracia.

Por un lado, los burócratas locales cabalgan el tigre salvaje del nacionalismo para apoyarse sobre los sectores más atrasados contra los modernizadores, así como para preservar sus propios privilegios. El abandono por parte de la URSS, del papel de gran potencia mundial la redujo al rango de potencia europea, como antes de la primera guerra mundial.

Es la vieja Rusia la que reaparece con el panislamismo, el nacionalismo y todo lo demás, pero esta vez de la mano de la burocracia central, educada por el estalinismo en el más abyecto chauvinismo.

No es nada sorprendente que en la actual política oficial, así como en la población, se desarrolle un sentimiento de que “la caridad comienza por nosotros mismos”, para rechazar toda ayuda a Nicaragua, a Cuba o a los movimientos de liberación, y también a abandonar las inversiones masivas en las repúblicas de la periferia para concentrarlas en la vieja tierra rusa. Este nacionalismo empecinado se expresa muy claramente en la amenaza de Gorbachov a Lituania, pidiéndole treinta y tres mil millones de rublos como compensación por las inversiones realizadas, olvidando el costo político, social y material de la anexión en tiempos de Stalin, lo cual refuerza el nacionalismo antiruso en todo el Báltico.

Toda burocracia dependiente de los privilegios que obtiene por su monopolio del poder estatal es nacionalista, y siembra el nacionalismo entre sus imitadores y sus víctimas. La burocracia es, por otra parte, incapaz de desenvolver una política democrática, que sería la única política que, a largo plazo, podría crear las bases para superar el nacionalismo —que como vemos tiene profundas raíces sociales e históricas— llamando a los intereses comunes de los trabajadores.

La autogestión de los recursos locales y de la política por las poblaciones llevaría sin duda al desgajamiento de la URSS de varias repúblicas, sin embargo la conciencia del peso de la economía y de la geopolítica podría asegurar, en cambio, una confederación de iguales, apta para resistir a la domi-

nación neocolonial del gran capital internacional. En efecto, ¿qué posibilidades de real independencia tiene Lituania si ocupa sólo el 1% del territorio soviético, siendo el 1,6% de su población, con un crecimiento demográfico débil y una total dependencia de la URSS, para conseguir medios técnicos y materias primas?

La perspectiva real para los países del báltico, si se desprenden de la URSS, no sería otra que transformarse en provincias alemanas periféricas, atrasadas, y no en pequeñas naciones escandinavas. Por el contrario Rusia, Ucrania y Bielorusia seguirán como gran potencia industrial y militar, a pesar de la colonización del capital internacional. Esta última debido a la gran extensión de su territorio, a la carencia de infraestructura, a la inexistencia de clases burguesas, de tradiciones capitalistas, y de sectores educados en una gestión moderna, tendría una evolución mucho más lenta y menos profunda que la de los países post-capitalistas de Europa Oriental (los bálticos) incluidos, que el estalinismo buscó siempre de integrar a pesar de todo, y cuya real integración es superficial, reciente, parcial y siempre fue cuestionada.

Por otra parte, en los países bálticos, abiertos a la influencia alemana, hubo una gran transformación demográfica que se opone a los nacionalismos: es el caso de Estonia y Letonia, en donde rusos, ucranianos y bielorusos conforman casi la mitad de la población.

Si recordamos los problemas de Polonia de antes de la guerra, con las masas de no-polacos en su territorio y la división final entre rusos y alemanes, podremos entender el terror y la indecisión de los independentistas bálticos de nuestros días, porque ni los europeos ni los americanos están dispuestos a tomar las posibilidades que les ofrece la perestroika en la inmensa Rusia para lanzarse sobre las muy pequeñas provincias del imperio en retroceso.

El nacionalismo, en todas partes del mundo, es el resultado de una gran impulsión general. Al no existir una perspectiva superior como en los años negros después de la caída del imperio romano, nos aferramos a los contenidos de sangre, a los de la familia, a la tribu, al clan, a la unidad que da el idioma, que aparecen como lo único que queda, primordial y primitivo, cuando las solidaridades de clase o ideológicas desaparecen. Así es como operan también los resortes del renacimiento religioso.

Las creencias renovadas, la irracionalidad de la fe, los nacionalismos constituyen para la gran parte de la población tanto una expresión de la necesidad de liberación nacional, como de la falta de confianza en una integración al capitalismo, que la mayoría desea pero considera poco posible. Au-

sencia de confianza que lo es también en el desarrollo de una perspectiva socialista.

El estalinismo anticomunista ensució el nombre del mismo socialismo y “vacunó” a generaciones enteras de Europa Oriental y Occidental contra la idea de la revolución socialista.

Tenemos delante nuestro un cambio de época. La introducción de la propiedad privada de los medios de producción, las leyes económicas del mercado, la desocupación, y la convertibilidad del rublo tienden a abrir al capitalismo una Rusia fragmentada y a modificar el mapa de Europa, a variar la relación de fuerzas mundial y la propia política internacional. Seguramente este proceso demorará años, si es que no hay un vuelco brusco de la situación en la URSS., a través de una dictadura del sector “duro” de la burocracia lo que conllevaría a la eliminación de Gorbachov. Pero aún en este caso se abriría un período caótico.

No es posible aquí desarrollar más esta visión, extrayendo conclusiones terminantes, pero hay una tendencia fuerte del capitalismo a avanzar en la colonización de un tercio del mundo. Un capitalismo que se muestra asímismo triunfante desde el punto de vista técnico, cultural, político y ético mismo, porque hizo abandonar toda idea de solidaridad al punto que el propio Papa intenta arreglar los destrozos y reforzar su ‘busines’).

Esta nueva colonización seguramente estará acompañada de fuertes explosiones nacionalistas de todo tipo, ruso y antiruso, y seguramente también de grandes crisis, porque la magnitud de lo que está en juego supera las posibilidades del capitalismo mundial. Este encuentra dificultades de producción y de realización, y sabe que estos nuevos mercados potenciales no son conquistables en lo inmediato, y están lejos de ser un hado del destino.

Más que nunca en la etapa que se abre, los valores de la solidaridad, del internacionalismo, de la identidad de clase, de la lucha por la igualdad, la fraternidad y el socialismo estarán a la orden del día. Precisamente porque entramos en un largo y oscuro período caracterizado por el cierre de una fase. La que se abrió con la primera guerra mundial y la Revolución Rusa —que atravesó la segunda guerra, la expansión del estalinismo, la revolución china y la descolonización— y que se extendió hasta nuestros días con el derribo del estalinismo en Europa, la caída en la URSS, y en China y el neocolonialismo en el Tercer Mundo y en Europa Oriental.

Este desarrollo del nacionalismo y del capitalismo tiende a negar la democracia. El libre cambio (de los monopolios transnacionales) y su fachada democrática formal se vacían totalmente de contenido.

Más que nunca independencia, democracia, socialismo aparecen coaligados, y la autogestión generalizada aparece como el medio para conseguirlos. Seguramente no mañana pero con certeza en las próximas décadas. Porque el capitalismo logró vencer al estalinismo, enterrador del comunismo y de la Revolución Rusa y mundial, pero no logra vencer sus contradicciones que engendran la revolución y la necesidad misma del socialismo.

Roma, marzo de 1990

1 Ediciones de Minuit, París, 1978

